

apartado á la cumbre de una alta montaña, y les dió allí una esplendente revelacion de su divinidad. Él se transfiguró delante de ellos: su faz apareció radiosa como el sol, sus vestidos de una blancura como la de la nieve. Al mismo tiempo se vió á dos hombres que conversaban con Él: eran Moisés y Elías. Ellos aparecian llenos de majestad y le hablaban de su salida del mundo, que debia verificarse en Jerusalem. Pedro le dijo entonces á Jesus: "Señor, nosotros estamos aquí muy bien; levantemos, si os place, tres tiendas: Una para Vos, otra para Moisés y otra para Elías." Cuando hablaba todavía, una nube luminosa los cubrió, y los discípulos quedaron poseidos de terror viéndoles penetrar en aquella nube. Al momento una voz que salia de ella hizo oír estas palabras: "Este es mi Hijo muy amado, ¡escuchadle!"

Quando los habitantes de Cafarnaum reclamaron de Jesus el pago del tributo, dispensó á Pedro el honor de consultar con él su decision: "Simon, ¿qué os parece? ¿de quién sacan los reyes de la tierra los tributos y los impuestos? ¿de sus hijos ó de los estraños?"—De los estraños respondió él. Jesus replicó: "¿Los hijos están acaso exentos? Sin embargo, para no escandalizar, id al mar, arrojad el anzuelo, y abriendo la boca del pez que cogiereis, sacad una pieza de cuatro dracmas que daréis por vosotros y por mí."

En la última cena, queriendo el Hijo de Dios dar á sus discípulos un grande ejemplo de humildad, se dirigió desde luego á Pedro para lavarle los piés. "¿Cómo, Señor! exclamó él, ¿habréis Vos de lavarme los piés?" Jesus le respondió: "Vosotros no comprendéis ahora lo que yo hago; pero ya lo comprenderéis en lo sucesivo." Pedro no puede todavía rendirse, es necesario para vencer su resistencia que Jesus le haga esta objecion: "Si yo no os lavo no tendréis parte conmigo. Entonces él esclama en un santo transporte: "Señor, lavadme no solamente los piés, sino tambien las manos y la cabeza."

En recompensa de su ternura y de sus favores, Pedro tri-

buta á su Maestro un afecto que frecuentemente se manifiesta en movimientos espontáneos de celo y de adhesion. Muchos de los discípulos estaban separados de Él, porque la altura de su doctrina escedia á su comprension. Jesus dijo á los doce: "¿Y vosotros no quereis tambien retiraros?" Mas Pedro respondió al momento: "¿A quién iriamos, Señor? Vos solo teneis las palabras de la vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que sois el Cristo, el Hijo de Dios." Cuando Jesus declaró á los apóstoles que era necesario que fuese á Jerusalem, donde habia de sufrir mucho y ser condenado á muerte, Pedro le dijo con ardor: "Señor, yo estoy dispuesto á ir con Vos á la prision, y aun á la muerte misma." Con todo, su celo, no estando siempre dirigido por las vias del cielo, le llevaba á veces hasta reprochar á su Maestro el designio que habia formado de ofrecerse en holocausto, y de expiar por medio de grandes sufrimientos los pecados del género humano. "No, exclamaba; á Dios no puede agradar que os suceda esto, no; ¡esto no sucederá!" El Salvador, volviéndose á él, le dijo: "Apartaos de mí, Satanás: vos sois para mí un motivo de escándalo; porque vos no teneis el gusto de las cosas del cielo, sino de las cosas de la tierra!"

Si Jesus en esta ocasion, llama así á Pedro, es refiriéndose á que el ángel de las tinieblas, previendo sin duda que este apóstol vendria á ser el intrépido jefe del ejército destinado á combatirle, habia dirigido desde el principio sobre él sus mas duros tiros, y se esforzaba en hacerle presa suya. "Simon, Simon, le dijo un dia el Hijo de Dios; Satanás ha pedido cribaros como se criba el trigo;" pero, añadió para alentarle á que no temiese, "yo he rogado por vos á fin de que vuestra fé no desfallezca; y cuando os hubiereis transformado, afirmad á vuestros hermanos."

Seria necesario que citásemos todo el Evangelio, si quisiéramos referir todos los rasgos en que se nota la preferencia dada á Pedro; indicar todas las ocasiones en que se veia surgir su supremacía futura. Por todas partes se manifiesta co-

mo el representante de los apóstoles, como el jefe soberano que los preside y los resume en la unidad. Pero despues de la Resurreccion y luego que el misterio de la Redencion habia de tener su cumplimiento, Jesucristo deberia confirmar todavía, por medio de una solemne consagracion, todas las prerogativas que le habian sido concedidas.

Entre tanto, se acercaba la hora del príncipe de las tinieblas. Desde mucho tiempo antes Jesus habia dicho á sus apóstoles: "Yo no he escogido mas que doce, y entre vosotros hay uno que es un demonio." Ahora su espíritu se turba y les habla en un sentido mas claro y espreso: "En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me entregará." Al oír esto los apóstoles, se miraban unos á otros, no sabiendo á quién se referia Jesus. Pero Simon hizo una muda indicacion al discípulo que mas amaba el Salvador y reclinaba la cabeza en su seno para que le preguntase de quién hablaba: "¿Quién es, Señor?" dijo el discípulo amado, inclinándose afectuosamente sobre el corazon de su Maestro. Jesus respondió: "Es aquel á quien yo daré el pan mojado." Y mojó el pan que ofreció á Judas Iscariote. Luego que éste lo hubo aceptado, se sintió poseido de Satanás, y dijo audazmente: "Maestro, ¿soy yo?" "Ya lo habeis dicho, respondió Jesus: haced pronto lo que teneis que hacer." Y volviéndose hácia los demas, les anunció tristemente que Judas no seria el único culpable en aquella noche. Vosotros todos presenciareis esta noche un grande escándalo que tendrá lugar con motivo de mí, porque está escrito: "Yo heriré al Pastor, y las ovejas todas del rebaño se dispersarán." Es en vano que Pedro, sintiendo escitarse los sentimientos de su alma, esclamase con viveza: "Aun cuando los demas se escandalizasen con motivo de Vos, yo no me escandalizaré jamas." Jesus le predijo, especialmente su defeccion. "En verdad os digo que esta misma noche, antes que el gallo cante, me habréis negado tres veces." "No, no, respondió mas vivamente; aun cuando fuese preciso morir con Vos, yo no os negaré."

Todos los apóstoles dijeron lo mismo. ¡Inútiles juramentos, que no estaban á prueba de los acontecimientos dolorosos que se preparaban!

En ese momento, sin embargo, y cuando su corazon estaba lacerado por esas crueles previsiones, fué cuando Jesus, que habia amado tanto á los suyos, les dió las prendas de un excesivo amor. Por la misteriosa transformacion del pan y del vino, Él les alimentó con su propia sustancia, les dió á beber su Sangre redentora y los instituyó sacerdotes del sacrificio eterno, confiriéndoles el poder de renovarlo en memoria de su pasion! "Haced esto en memoria de mí," les dijo. Despues, poseido de la emocion que le causa su próxima separacion, les dirige en la efusion de su alma esta tierna despedida: "Hijos míos, yo no estaré sino muy poco tiempo con vosotros: que vuestro corazon no se conturbe; tened confianza en Dios y tenedla en mí. Yo no os dejaré huérfanos; yo vendré á vosotros y rogaré á mi Padre os envíe al Espíritu Consolador. Va á llegar el tiempo en que cualquiera que os haga morir creará hacer un servicio á Dios. Si el mundo os aborrece, sabed que antes que á vosotros me ha aborrecido á mí. Vosotros tendréis que sufrir en el mundo; pero tened confianza; que yo he vencido al mundo. Ya no os daré en lo de adelante el nombre de servidores; vosotros sois mis amigos. Yo os he amado con el mismo amor de mi Padre; permaneced en mi amor. Os voy á hacer un nuevo encargo: Amaos los unos á los otros, como yo os he amado, y que esta sea la señal en que se os reconozca por mis discípulos. ¡Padre Santo! conservad por vuestro nombre á los que me habeis dado: santificadlos en la verdad, á fin de que todos juntos no sean mas que uno. Así como vos, Padre mio, sois en mí y yo en vos, que del mismo modo ellos sean uno en nosotros, á fin de que por esta union, el mundo conozca que me habeis enviado, y que Vos les amais como me habeis amado á mí."

Despues de haber hablado de este modo, se dirigió con ellos al otro lado del torrente de Cedron, en el jardin de

los Olivos: allí fué donde vino Judas á ejecutar su horrible crimen. Él se adelanta con los brazos abiertos, saluda á su Maestro y le da el ósculo de la traicion. "Amigo mio, le dice Jesus, ¿á qué venís aquí...? En el mismo instante los demas apóstoles huyen y le abandonan, espantados á la vista de la gente armada que venia con Judas. Pedro que, sin embargo, le habia seguido de lejos, se sienta en el patio de la casa del gran sacerdote, adonde se habia conducido á Jesus. Una criada se acerca á él y le dice: "Vos estábais tambien con Jesus el Galileo;" pero él lo niega delante de todos.—Como se hallaba en la puerta para salir, otra criada le vió y dijo á los que allí estaban: "Ese estaba tambien con Jesus de Nazareth." Pedro dijo con juramento: "Yo no conozco á este Hombre."—Un poco despues aquellos mismos se acercaron á él y le dijeron: "Seguramente vos sois uno de esos Galileos, porque vuestro mismo lenguaje os denuncia." Entonces Pedro se puso á jurar de nuevo que él no conocia á este Hombre.—Al instante el gallo cantó. Y el Señor, volviéndose á Pedro, le miró; y Pedro, acordándose de lo que el Señor le habia predicho, y habiendo salido de allí se puso á llorar amargamente.

Pero el traidor Judas, viendo que su Maestro estaba condenado á muerte, se sintió tocado del arrepentimiento y fué á devolver á los príncipes de los sacerdotes y á los senadores, las treinta piezas de plata, precio infame de su crimen, diciéndoles: "¡Yo he pecado porque he vendido la sangre del Inocente!" Y ellos le respondieron ásperamente: "¿Qué nos importa? Ese es negocio vuestro."

Cuando antes de exhalar el último suspiro, Jesus desde lo alto de su cruz miró en torno de sí, sus ojos no encontraron de todos sus discípulos sino á Juan, el mas jóven y el mas querido. Así, pues, á él, á fin de reconocer su adhesion, le dió la mas dulce recompensa que podia desear su corazon, confiándole á su Santa Madre, cuyo dolor debia dulcificar, viniendo á ser para ella un nuevo hijo. Pero ninguno de

los otros apóstoles se encontró para dar sepultura á su Maestro, ninguno vino á visitar su tumba, solo algunas piadosas mujeres le fueron fieles en la muerte; y cuando ellas corrieron á anunciar que el sepulcro estaba vacío y que los ángeles, testigos de la resurreccion, se les habian aparecido, los apóstoles tomaron esta relacion como un sueño y no creyeron en ella. No hubo mas que Pedro y Juan que fuesen al sepulcro, y viendo que no quedaba en él sino los lienzos en que habia estado envuelto el cuerpo del Salvador, se volvieron, admirándose ellos mismos de lo que habia sucedido.

Entretanto, en la noche del mismo dia, estando cerradas por temor de los judíos las puertas del lugar en que se hallaban reunidos los apóstoles, vino Jesus, y apareciendo en medio de ellos, les dijo: "La paz sea con vosotros;" y les mostró sus manos y su costado. Ellos sintieron una estremada alegría de ver al Señor; y como en el gozo de la sorpresa su espíritu vacilase aun en creer la realidad de la aparicion, el Señor les dijo: "¿Teneis alguna cosa que comer?" Ellos le presentaron un pescado asado al rescoldo, y un panal de miel. Despues de haber comido á su vista, tomó lo que quedaba, y se los dió diciendo: "Era necesario, segun las Escrituras, que el Cristo sufriese, y que resucitase al tercer dia."

Pero Tomás, uno de los doce, no estaba con ellos el dia que Jesus vino, y los otros le dijeron: "Hemos visto al Señor." Él respondió: "Si yo no veo en sus manos las heridas de los clavos, si no introduzco mi dedo en estas heridas y mi mano en la llaga del costado, no creeré." Ocho dias despues, Jesus se apareció como la primera vez diciendo: "¡La paz sea con vosotros!" En seguida, dirigiéndose á Tomás: "Mirad mis manos, le dijo; poned aquí vuestro dedo; acercad vuestra mano; introducidla en mi costado, y no séais incrédulo sino fiel." Tomás, vencido, no pudo menos de exclamar: "¡Oh mi Señor y mi Dios!"

Jesus se dejó ver todavía muchas veces de sus apóstoles

para acabar de vencer la estraña incredulidad de algunos; pero los dias de su mision divina estaban terminados, y Él iba ya á remontarse á Dios su Padre. Antes de dejar la tierra quiso constituir en ella un representante que fuese su viva imágen y el continuador de su obra. Él habia elegido á Pedro, con la promesa de elevarle á esta alta dignidad, y no varió en su eleccion. Sin embargo, como antes de hacer la promesa habia provocado en el apóstol la espresion de una fé viva, antes de efectuar aquel designio, exigió de su parte el triple homenaje de un amor ardiente, á fin de hacerle entender que esta fé y este amor, de que Él estaba animado mas que ningun otro, eran sus verdaderos títulos á la preferencia que le concedia. Durante una de esas apariciones á la orilla del mar de Tiberiades, el Señor se dirigió otra vez á Simon Pedro, y le dijo: "Simon, hijo de Juan, ¿me amais mas que aquellos?"—"Sí Señor, respondió él; vos sabeis que os amo." Jesus le dijo:—"Apacentad mis ovejas." Él le preguntó de nuevo: "Simon, hijo de Juan, ¿me amais?" Pedro respondió: "Sí Señor, vos sabeis que os amo."—Jesus volvió á decirle: "Apacentad mis ovejas." Y habiéndole dirigido por tercera vez la misma pregunta, Pedro contristado de esto le dijo: "Señor, vos conoceis todas las cosas y sabeis bien que yo os amo:" Jesus le dijo todavía: "Apacentad mis ovejas." Así es como Pedro fué consagrado solemnemente el pastor de todo el rebaño.

Los demas apóstoles debian ser, juntamente con él, revestidos de poderes divinos, y recibir la órden de marchar á la conquista del mundo. Pero los once se dirigieron á Galilea, para hallarse sobre la montaña en que Jesus les habia mandado se reuniesen, y viéndole allí, le adoraron. Algunos, sin embargo, quedaron todavía en duda de su presencia; pero Jesus, acercándose á ellos, les habló así: "*Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Como mi Padre me ha enviado, así os envío yo á vosotros.*" Habiendo dicho estas palabras arrojó sobre ellos el hálito divino de su boca, y aña-

dió: "*Recibid al Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados á los que vosotros los perdonáreis, y serán retenidos á aquellos á quienes vosotros los retuviéreis. Id, pues, é instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñadles á observar todas las cosas que os he encomendado. Y estad seguros de que estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.*" Despues de haber dicho esto el Señor, los bendijo, y se elevó al cielo, donde está sentado á la diestra de Dios.

¡Qué escena! ¡qué palabras! ¡qué majestad! ¡Y sin embargo, qué hombres! Hé ahí los once discípulos, porque el traidor se habia castigado por sus propias manos; hé ahí á los once de quienes el Evangelio ha espresado tan fielmente la ignorancia, la rusticidad, la debilidad, la ligereza, la cobardía, la ingratitud; hé ahí á esos once pobres pescadores, que oyen sin conmoverse estas admirables palabras: "Id, é instruid á todas las naciones." Y Aquel que las pronuncia, seguro de su resultado, desaparece á sus ojos, dejando á ellos solos la ejecucion de esta empresa humanamente imposible. ¡Compareced, conquistadores ilustres! Vosotros, que habeis llenado la tierra con la fama de vuestro nombre, y que sabeis cómo se subyuga á los pueblos, rendid testimonio al Hijo del Hombre, y confesad que vuestras mas atrevidas empresas eran nada en comparacion de la que Él habia resuelto cumplir!

A la vista del campo indefinido que se abre delante de Él, y de la desproporcion de los instrumentos que emplea, y no obstante la firme seguridad con la cual considera el suceso de su obra, el espíritu humano se pierde y se confunde: ¿qué será si el prodigio se realiza, y si la cruz por solo su virtud obliga á inclinarse delante de ella á todas las potencias de la tierra?